

los patrones de comportamiento. Cuando el autor nos dice que en la naturaleza «está la verdadera razón de Estado» o que las leyes han de ser «fundadas en los principios fijos de la naturaleza» (40), advertimos que otra cosa tendrá que ser el obrar concreto y real de los hombres, porque todo el peso normativo de este obrar procede de la experiencia cambiante y transitiva. De ahí el enorme volumen que en la obra de Saavedra desplaza cuanto se refiere a las peculiaridades de los Estados y de los individuos, a la diversidad de sus caracteres, de sus costumbres, de sus intereses, lo que lleva a diversificar convenientemente el comportamiento según los casos, esto es, a una historicación de ese comportamiento, que lo primero que necesita es partir de la noticia y conocimiento de esas diferencias (41). Incluso las que la ciencia política ha llamado habitualmente formas de gobierno quedan condicionadas por esas situaciones particularizadas (42). Pues bien, Saavedra sostiene que a la razón de Estado incumbe hallar lo que de propio y peculiar hay en cada situación (43). (Añadamos que en Saavedra y en los escritores del Barroco, la problemática de la *razón de Estado* se aplica al comportamiento individual; máximamente esto se da en la novela picaresca.)

En el mismo lugar en que se contiene esa declaración sobre la razón de Estado se nos dice que experiencia, historia y política van juntas. Quizá en ningún otro de los escritores barrocos—a pesar de que el hecho viene a ser muy característico de todos— asuma la Historia un papel en la determinación de los modos de comportarse como en Saavedra. Es curioso e interesante para nosotros observar que en este punto del valor de la Historia, como base empírica de la política y de la moral social, Saavedra adelanta puntos de vista que anuncian la visión del siglo de la Ilustración, en cuanto que se ve en aquélla una acumulación de errores en que ha ido incurriendo la humanidad. Sería la de la Historia una función de desescombros: «los errores de los que ya fueron advierten a los que son» (44). Por otra parte, Saavedra comprende el doble valor informativo y formativo de esa

---

(40) Empresa LXVII, p. 512, y *República literaria*, pp. 1180. Hay en Saavedra manifestaciones esporádicas de una concepción puramente medieval de «naturaleza» que inspiran un ejemplarismo moral cristiano, el cual cobra cierta actualidad literaria en el xvii (véase empresa XLIII, p. 365). En su raíz, las fábulas de La Fontaine vienen de ahí. En nuestra literatura barroca es cumplido ejemplo el libro de FERRER DE VALDECEBRO: *Gobierno general, moral y político, hallado en las fieras y animales silvestres*, Barcelona, 1696. Siempre hay, claro está, en estas obras matices de modernización.

(41) Citaremos algunos pasajes de la obra de Saavedra, entre muchísimos más que podrían aducirse en comprobación de lo dicho. Empresas XXX, pp. 308 y ss.; LV, p. 439; LXXXI a LXXXV, pp. 583 y ss.

(42) *República literaria*, p. 1210.

(43) Empresa IV, p. 189.

(44) Empresa XXVIII, p. 300.

historia del presente, que es la observación del viajero. El valor educativo de los viajes está afirmado en él con una convicción que no desmerece ante la de ningún «filósofo» viajero del xviii. «Ninguna juventud sale acertada en la misma patria.» Cosmopolitismo, relativismo, saber político, prudencia—que es, en definitiva, una virtud—en el trato con los demás: tales son los resultados del viaje ilustrativo, cuyas ventajas estima Saavedra tan torpemente desdeñadas en España (45).

Esto nos hace comprender que si el «circunstancialismo» de Saavedra (46) es un patrón de comportamiento—político, interindividual—de acomodación, al que hemos calificado de conservador, esto no tenemos que entenderlo en un estrecho sentido de conformismo. El relativismo que se engendra de la Historia—viaje literario entre los antiguos (Descartes)—o del viaje geográfico entre los presentes, suscita siempre una inclinación al cambio. En realidad, la actitud de Saavedra implicaría, sí, renunciar a cambiar las cosas, pero esforzándose en conocerlas con tanta precisión que una sabia táctica empleada con ellas permitiera al jugador lograr los objetivos o ganancias apetecidos; por tanto, alterar los resultados del curso natural de las cosas, en un sentido personal, a favor del propio jugador. La política y la moral se convierten, en Saavedra como en Gracián, en un hábil juego táctico. De esto era de lo que los políticos del xvii estimaban maestro a Tácito, y tal es el sentido del tacitismo en la primera mitad del xvii y particularmente en Saavedra: un saber que parte de principios antropológicos y psicológicos y se completa con el conocimiento individualizado de cada caso, penetrando por esa vía en el mecanismo interior de los seres—individuales o colectivos—con los que ha de

---

(45) Tiene gran interés sobre el tema la empresa LXVI. De ella son estos pasajes: «Fuera de la patria se pierde aquella rudeza y encogimiento natural, aquella altivez necia y inhumana que ordinariamente nace y dura en los que no han practicado con diversas naciones. Entre ellas se aprenden las lenguas, se conocen los naturales, se advierten las costumbres y los estilos, cuyas noticias forman grandes varones para las artes de la paz y de la guerra... La peregrinación es gran maestra de la prudencia cuando se emprende para informar, no para deleitar solamente el ánimo. En esto son dignas de alabanza las naciones septentrionales, que no con menos curiosidad que atención salen a reconocer el mundo y a aprender las lenguas, artes y ciencias. Los españoles, que con más comodidad que los demás pudieran practicar el mundo, por lo que en todas partes se extiende su monarquía, son los que más retirados están en sus patrias, sino es cuando las armas los sacan fuera dellas; importando tanto que los que gobiernan diversas naciones y tienen guerra en diferentes provincias tengan dellas perfecto conocimiento. Dos cosas detienen a los nobles en sus patrias: el bañar a España por casi todas las partes el mar, y no estar tan a la mano las navegaciones como los viajes por tierra; y la presunción, juzgando que sin gran ostentación y gastos no pueden salir de sus casas; en que son más modestos los extranjeros, aunque sean hijos de los mayores príncipes», páginas 504 y 505.

(46) Azorín, agudamente, fue quien calificó al pensamiento de Saavedra como «un circunstancialismo». Véase *El pasado*, Madrid, 1955, p. 177.

maniobrar, acertando con tales medios a lograr los movimientos previstos de parte de los otros (47). Es a ese saber al que Saavedra llama «razón de Estado», en la acepción más rigurosa del término. Es el saber humano por excelencia, porque es el más necesario para andar entre hombres y porque es el que hace del hombre un artífice de la sociedad, en los límites que ya hemos dicho. «Con el hombre nació la razón de Estado y con el hombre morirá» (48). Esa tecnificación del comportamiento que significa toda apelación a la razón de Estado es un aspecto característico de la coexistencia en sociedad. En la aparente deshumanización de ese comportamiento racional—que es lo que óptimamente supondría, como en más de una ocasión dicen los mismos autores que venimos citando—vendría precisamente a consistir su más íntima condición humana. «Más es el príncipe una idea de gobernador que hombre», dirá Saavedra—pensamiento que Gracián lleva al plano del hombre en general—; por eso, que «no se gobierne por sus afectos, sino por la razón de Estado»; «no ha de obrar por inclinación, sino por razón de gobierno» (49).

Tal concepción de la «razón de Estado» nos explica una transformación, o, tal vez mejor, un desplazamiento que esa difundida expresión sufre en su significado desde comienzos del siglo xvii, es decir, desde pocos años después de su aceptación en el lenguaje político. Con ella se llega a expresar no una normativa racionalizada del obrar político, sino de toda conducta personal, en tanto que aparezca inspirada en motivos de conveniencia y organizada según cálculo. «Razón de Estado» se dice de todo comportamiento del individuo que responda a una táctica para unos logros determinados, siempre de carácter egoísta, pero cualquiera que sea su valor objetivo. Por eso se aplica con preferencia a la conducta de individuos que, por carecer de un poder material que aplicar a la obtención de sus conveniencias, necesitan servirse hábilmente de un juego táctico; por ejemplo, pícaros y otros individuos marginados (50). Es curiosa la apariencia de un doble valor de la expresión que de lo dicho resulta, pero que en el fondo sigue no siendo más que el valor único de una sola raíz: el comportamiento tecnificado (51).

---

(47) Véase mi artículo «La corriente doctrinal del tacitismo político», en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, 238-240, octubre-diciembre 1969.

(48) Empresa V, p. 192.

(49) Empresa VII, p. 199.

(50) Véase mi artículo «La cuestión del maquiavelismo y el significado de la voz *estadista*», en *Beiträge zur französischen Aufklärung und spanischen Literatur*, Berlín, 1971.

(51) En qué medida lo dicho no postula una necesaria falsedad en las acciones humanas inspiradas en los patrones de una razón de Estado, sino que puede incluso reclamar atenerse a la verdad, no es problema en que necesitemos